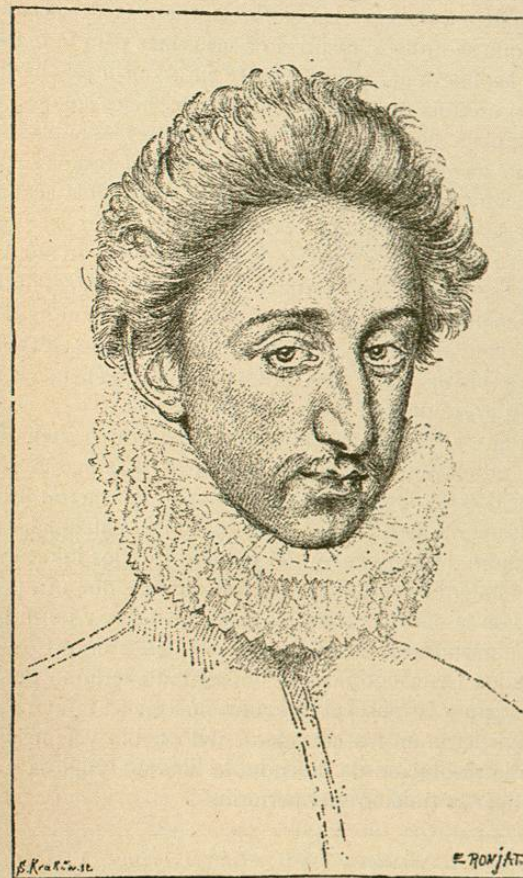


manos, al rey de Navarra y al príncipe de Condé. Mandó que se instruyera proceso contra el almirante, que había recibido el castigo de sus crímenes, y contra Bricquemault y Cavagnes, que habían escapado á la matanza pero que no se librarían del patíbulo; y efectivamente, aquel capitán y aquel consejero protestantes, condenados por crimen de lesa majestad, fueron ejecutados en la plaza de Greve, de noche, á la luz de antorchas y en presencia del rey, que quiso ser testigo de su suplicio.

apoyo del catolicismo: el pueblo de París la proclamaba madre del reino y conservadora del nombre cristiano; y el papa, que había mandado hacer iluminaciones y acuñar una medalla en recuerdo de aquella gran jornada, delegó al cardenal Orsini para que fuese á llevar al rey cristianísimo y á su madre sus felicitaciones y las del sacro Colegio. Felipe II, al recibir la noticia, demostró «contra su natural y costumbre, tanta alegría, que la hizo más manifiesta que en todas las buenas



Enrique de Bearn, rey de Navarra, y su esposa Margarita de Valois
(Dibujo de Ronjat según la colección de retratos al lápiz de color, Biblioteca Nacional de París.)

Estos terribles acontecimientos han hecho de Carlos IX otro hombre; de benigno y bondadoso, se ha convertido en severo; jamás mira de frente, frunce el ceño, muéstrase melancólico y habla poco: «Témese, dice el embajador veneciano, que de severo se torne cruel.» Y cruel se ha vuelto, en efecto. Ya no le basta haber hecho ó dejado matar á los hugonotes de su reino, sino que necesita la sangre de aquellos que con su aprobación han ido á apoderarse de la plaza de Mons y la defienden; la idea de que el duque de Alba pueda perdonarlos le es insoportable y se rebaja hasta el punto de pedir su muerte como un favor á Felipe II, á Diego de Zúñiga, al duque de Alba. El organizador del tribunal de la sangre, para avergonzarle, otorgó á los sitiados de Mons condiciones generosas, dejando al rey de Francia el cuidado de asesinar á sus súbditos; y cuando aquellos infelices regresaron á Picardía, fueron perseguidos con saña, no salvándose más que La Noue.

Catalina de Médicis, la inspiradora de las matanzas de San Bartolomé, fué considerada como el más firme

aventuras y fortunas que jamás le acaecieron; «se echó á reír» y ora «felicitaba al hijo por tener tal madre... ora á la madre por (tener) tal hijo.» Catalina se entusiasmaba con el asombro del rey católico y preguntaba á un enviado del duque de Alba: «¿Soy tan mala cristiana como afirmaba don Francés de Alava?»

En aquella espantosa jornada, ella y su hijo son quizás las dos únicas personas que no tienen la excusa del fanatismo. Catalina había querido matar á Coligny para desembarazarse de un rival, y habiendo fallado el golpe, el miedo la había impulsado á aniquilar el partido; pero no pensó ni por un momento en substituir una política católica á una política protestante. Estos grandes proyectos no estaban al alcance de sus concepciones ni de su poder; así es que inmediatamente volvió á sus cálculos mezquinos, á sus proyectos de matrimonio, intrigando con todo el mundo y coqueteando lo mismo con Isabel de Inglaterra que con Felipe II. Era tan ajena á las pasiones religiosas, que no comprendía que nadie pudiese sentir repugnancia á tratar con ella des-

pués de su crimen; y al mismo tiempo que pedía á Felipe II la recompensa de su gran servicio, reanudaba las relaciones con Ludovico de Nassau, que acababa de salir de Mons, y seguía negociando con los protestantes de Alemania, recomendando á Schomberg «que no dejara entrar en el entendimiento de los príncipes la idea de que lo que se ha hecho al almirante y á sus cómplices se haya hecho en odio á la nueva religión ni para la extirpación de la misma, sino solamente para castigo de la criminal conspiración por ellos tramada.» El Legado, que era portador de las felicitaciones de la Curia romana, esperó largo tiempo en Avignon el permiso para proseguir su viaje, y á su entrada en París no recibió los honores acostumbrados ni pudo conseguir del rey que se adhiriese á la Liga contra el turco ni que admitiese el Concilio de Trento. Estas desatenciones tenían por objeto convencer á los soberanos y á los pueblos protestantes de que habían interpretado mal el carácter de las matanzas de San Bartolomé. Monluc, enviado á Polonia para apoyar la candidatura del duque de Anjou, hacía idénticas declaraciones, y Catalina no dudaba de que los protestantes polacos votarían á su hijo. La reina madre había olvidado por completo aquellas sangrientas jornadas.

Todo parecía irle viento en popa, pues dirigía los negocios públicos con autoridad plena y tranquila sin temor á una posible rivalidad. Al casar á su hija con el rey de Navarra había contado ya con debilitar á la oposición protestante; pero la realidad sobrepujaba á sus esperanzas: Enrique de Borbón, amenazado de muerte si no abjuraba, se había convertido y los hombres como Coligny, á quienes habría sido imposible conquistar, habían desaparecido; de suerte que los hugonotes quedaban sin jefes, sin consejeros y casi sin capitanes. ¿Qué podrían los simples hidalgos, los burgueses y los soldados del partido contra todas las fuerzas de la monarquía? Catalina saboreaba plenamente la dicha del triunfo, y cuando en la fiesta de investidura de los caballeros de San Miguel (29 de septiembre) vió pasar, entre los recién promovidos, á su yerno convertido al catolicismo, no pudo contenerse: largo tiempo le contempló, y cuando le vió inclinarse con gracia suma delante del altar y delante de las damas, volvióse á los embajadores y prorrumió en una alegre carcajada.

CAPITULO V

UNIÓN DE LOS HUGONOTES Y DE LOS DESCONTENTOS (I)

- I. El sitio de la Rochela. — II. El Mediodía protestante.
III. Los complots del duque de Alençon

I.—El sitio de la Rochela

Las matanzas de París, la reproducción de las mismas crueldades en las provincias (24 de agosto á 3 de octubre) y la desaparición de los jefes y de los principales capitanes del partido, habían espantado á muchos so-

(1) FUENTES: *Lettres de Catherine de Médicis*, IV. *Mémoires de l'Etat de France sous Charles IX*, 1578, II y III. Cauriana, *De Obsidione Rupellae*, ed. Delayant, 1836. Groen van Prinsterer, *Archives de la maison de Nassau*, 1.^a serie, IV, 1837. Lontchitzky, *Documents inédits sur l'histoire du Languedoc et de la Rochelle après la Saint-Barthélemy*, 1572-1574, París, 1873. Teu-

brevivientes: en París, el ministro du Rosier había abjurado, y en Dijón los protestantes habíanse convertido en masa. La clase media rica estaba dispuesta á humillarse, á pedir perdón de sus antiguas exigencias y á renunciar á la libertad del culto, si la monarquía consentía en dejarle la libertad de conciencia, sirviéndole de pretexto para disfrazar sus desfallecimientos con una razón de obediencia y de buen sentido las reales declaraciones que ordenaban se tratase consideradamente á los protestantes pacíficos. Y hasta los había que llegaban á detestar las gloriosas energías del partido y el que se hubiese recurrido á las armas para la defensa de las libertades religiosas. Un juriconsulto, Charpentier, escribía que la desgracia de los fieles sólo era imputable á sus jefes políticos (2), quienes les habían lanzado á aventuras en las cuales estaba interesada su propia ambición, y que la Iglesia de Cristo había acabado por ser un partido que tenía su organización, su ejército, su hacienda, sus jefes, sus embajadores y un nombre, «la Causa.» Al aniquilamiento de la aristocracia militar sucedían esas timideces de la clase media, enamorada de sus comodidades y temerosa de los golpes. Parecía, pues, justificada la idea de Catalina de que la fuerza del partido residía por entero en los jefes.

Pero, al pensar así, no se contaba con la democracia protestante ni con los ministros. Las masas, poco sensibles al interés y al miedo, permanecieron asombrosamente fieles á su fe; y los pastores, empapados del Antiguo Testamento y del recuerdo de los infortunios de Israel, no vieron en la catástrofe más que una prueba con la cual Dios templaba las energías y purificaba los corazones de sus elegidos. Y aquellos ministros, relegados hasta entonces á un segundo término por el prestigio y las susceptibilidades de los jefes militares, se convirtieron en los consejeros del pueblo y le inspiraron la resolución de defender la libertad religiosa y de castigar la traición y el perjurio.

let, *Corr. diplomatique*, V-VII. *Archives curieuses*, VIII. *Histoire de la Rochelle*, de Amos Barbot, «Arch. hist. de la Saintonge et de l'Aunis», XVIII, 1890. *Mémoires de J. Choinzin ou Discours... de l'élection du roy de Pologne*, «Pantheon littéraire.» La Noue, *Discours politiques et militaires*. Esteban Giry, *Histoire des deux sièges de Sommières*, «Pièces fugitives du marquis d'Aubais», II, 1759. *Mémoires de Brantome*, «S. H. F.», V, VI y *passim*. *Mémoires du vicomte de Turenne depuis duc de Bouillon*, 1565-1586, publicadas por de Ruble, «S. H. F.», I. *Chroniques fontenaisiennes*, publicadas por La Fontenelle de Vaudoré, 1841. Amyraut, *Vie de François de La Noue*, 1661. Haag, *France protestante. Pièces justificatives*.

OBRA DE CONSULTA: Hauser, *François de La Noue*, 1892. D. D'Aussy, *La faction du coeur navré*, «Revue de Quest. historiques», XL, 1886. Decrue, *Le parti des politiques au lendemain de la Saint-Barthélemy*, 1892. Lalanne, *Brantome sa vie et ses écrits*, 1896. D'Aumale, *Princes de Condé*, II. Daresté, *Essai sur Holman*, 1850. Duque de Noailles, *Henri de Valois et la Pologne en 1572*, 1867, 3 vol. D. Vaissete, *Histoire du Languedoc*, nueva edición, XI y XII, Tolosa, 1889. Menard, *Histoire de la ville de Nîmes*, V, 1875. Corbiere, *De l'organisation politique du parti protestant en France en 1573*, «Mémoires de l'Académie des Sciences et lettres de Montpellier», VIII, 1886-1887. Anquez, *Histoire des Assemblées politiques des réformés de France*, 1859. G. Weill, *Les théories sur le pouvoir royal en France pendant les guerres de religion*, 1891.

(2) Las recriminaciones de Pedro Charpentier no eran sinceras (véase John Vienot, *Un apologiste de la Saint-Barthélemy*, Fischbacher, 1903), pero expresaban indudablemente los sentimientos secretos de muchas almas protestantes sinceras.

Los primeros ensayos de resistencia en el Mediodía fueron tímidos, mesurados y revestidos de buenas formas, sea por un resto de lealtad, sea por el deseo de ganar tiempo. Montaubán cerró sus puertas á los soldados del rey; Nîmes esperó, para abrírselas, «un tiempo más benigno,» y los habitantes de Aubenas y de Privas, «untando la mano» á su gobernador Laugier, retardaron la fecha en que habían de recibir una guarnición. Los reformados juntaban víveres y armas y se ponían en estado de defensa; pero celebraban su culto de noche á fin de que no pareciese que desafiaban la declaración del rey, de 28 de agosto, y sus cartas á los gobernadores, de 3 de noviembre de 1572, que prohibían el ejercicio de aquél.

En la Rochela y en Sancerre, las dos plazas que la Reforma poseía aún en el centro del reino, la resistencia revistió un carácter más resuelto. La pequeña clase media y el pueblo contuvieron ó expulsaron á la alta clase media pacífica; y los armadores y marinos de la Rochela alimentaban la ciudad, mandaban en ella, y de acuerdo con los mendigos de mar, seguían pirateando, acechando y saqueando los barcos del Rey Católico. A la entrada del abra, en Chef de Baye, se celebraba el mercado de presas y se exponían al público los despojos de los españoles. La religión, el odio y el interés eran los sentimientos que animaban á aquellos corsarios.

En aquella Ginebra marítima se refugiaron los protestantes del Oeste y los soldados de Strozzi que habían desertado después de la noche de San Bartolomé; cincuenta hidalgos, mil quinientos soldados y cincuenta y cinco ministros reforzaron el partido de la resistencia y le ayudaron á imponer al Consejo municipal las resoluciones enérgicas.

La corte envió á la Rochela como gobernador á Birón que cuando las matanzas había salvado á varios protestantes; pero los rochelenses se negaron á recibirlo. El señor de Vigean, encargado de negociar con ellos, pudo á duras penas obtener un salvoconducto; de regreso de una entrevista sin resultado, fué atacado y herido de cinco estocadas (23 de octubre de 1572). El ministro Languillier llevó á Isabel una carta de los «vasallos y habitantes de la Rochela» en la que éstos le suplicaban que rompiera con «los que quieren exterminar á vuestro pueblo de la Guiana que de toda eternidad os pertenece y os está sometido.»

Birón recibió orden de poner sitio á la ciudad y tomó sus disposiciones para pasar el invierno al pie de sus murallas en espera del gran ejército que se reunía á las órdenes del duque de Anjou. Los rochelenses, sorprendidos por tan brusco ataque, no tuvieron tiempo de talar los alrededores, ni de juntar víveres, ni de consolidar sus murallas; pero en cambio tuvieron un jefe que el rey les proporcionó.

De todos los defensores de Mons, sólo uno había sido respetado por Carlos IX, La Noue, valiente entre los más valientes y leal como ninguno. El rey, para poder obrar libremente contra los protestantes del Mediodía, necesitaba la neutralidad de la Rochela, por lo que La Noue fué á ofrecer de parte suya á los rochelenses la libertad de conciencia y la confirmación de sus franquicias si consentían en recibir como gobernador á Birón. Los sitiados, como respuesta, propusieron al embajador el mando de la defensa, y consultada sobre ello

la corte, le permitió aceptar el ofrecimiento (noviembre de 1572). Autorizado por el rey, La Noue combatió á las tropas de éste, mientras exhortaba á sus correligionarios á que cedieran; organizaba compañías, consolidaba las murallas, realizaba salidas, destruía los trabajos de los sitiadores y no cesaba de recomendar la paz. La lealtad del Bayardo hugonote estaba tan probada que los soldados se lanzaban con entusiasmo al combate en pos de aquel caudillo que les predicaba la sumisión, y la corte, por su parte, esperaba del organizador de la resistencia la capitulación de la ciudad.

El pueblo y los ministros no querían oír hablar de rendición: La Noue representaba, á sus ojos, la fuerza



Medalla conmemorativa de la matanza de San Bartolomé mandada acuñar por el papa Gregorio XIII

del ejército real y la indiferencia de las potencias protestantes; y á todas aquellas consideraciones de la prudencia humana oponían los pastores los prodigios del Antiguo Testamento y las razones, para los siervos de Dios, de esperar contra toda esperanza. Cinco de ellos, delegados del Consistorio en el Consejo municipal, se declararon contrarios á que se firmase una paz particular en la que no estuvieran comprendidos todos los fieles del reino, diciendo que no debía pensar únicamente en la paz propia porque los Rubenitas y los Gaditas, «aunque establecidos al otro lado del Jordán, prometieron acompañar á sus hermanos (de las demás tribus) en las guerras que se presentaran y no regresar á sus casas hasta que sus hermanos estuvieran análogamente alojados y establecidos.» Era preciso, añadían, cumplir las promesas hechas á los protestantes del Mediodía, porque Josué cumplió su palabra á los Gabaonitas, tenidos por embusteros, y Dios castigó «en el pueblo y en la raza de Saúl la destrucción que éste hizo de los Gabaonitas, rompiendo la fe jurada por sus predecesores.» Los recursos, decía, se agotan; pero ¿acaso Dios abandonó Bethulia y Samaria? Esta era su esperanza suprema; y en esa argumentación que parece petrificada, circula el ardor de una confianza invencible en Dios, Padre de los débiles y de los oprimidos.

A pesar de La Noue, el Consejo rechazó la idea de un arreglo, y el pueblo, al ser consultado, declaró que una guerra justa era preferible á una paz vergonzosa. Algunos traidores que habían fraguado un complot para entregar la ciudad al duque de Anjou fueron ejecutados. La lealtad de La Noue exasperaba á los más violentos; un ministro, La Place, le trató de «pérfido, traidor y desertor de su partido» y le dió una bofetada. Convencido de que era preciso abandonar toda esperanza de traer á los rochelenses al buen camino, La Noue los abandonó y se pasó al campo realista (12 de marzo de 1573).